

LA LIBERTAD DE LOS HIJOS DE DIOS⁸

El tema que se me ha pedido es un tema muy vasto: “¿Cómo conseguir, en nuestros días, la libertad de los hijos de Dios en la vida religiosa?”.

¿Por qué se plantea el problema? ¿Será que se considera la vida religiosa como una traba para la libertad? O bien, ¿nos encontraremos ante una situación nueva del hombre que invitaría a reconsiderar ciertos aspectos de la vida religiosa? Estos son problemas graves que cuestionan no sólo la propia existencia de la consagración religiosa sino toda una concepción de la misma, y sobre todo en lo referente a la forma de vivirla. Sin embargo, algunos pretenden que la vida religiosa ha llegado a su fin y que en adelante se trata de algo totalmente distinto. Por el contrario, si escuchamos a la Iglesia, si escuchamos al Espíritu Santo, y si nos esforzamos por responder generosamente a lo que consideramos ser nuestra vocación, no es posible que lleguemos a tales conclusiones.

Voy a proponerles algunos temas de reflexión para situar debidamente el problema, ya que no se trata de abarcarlo en su totalidad en tan poco tiempo.

Si comparamos las disposiciones profundas –naturales y sobrenaturales a la vez– de hombres o mujeres como el Padre de Foucauld, santa Teresa de Avila, santa Teresa del Niño Jesús, san Ignacio, constatamos que el voto de obediencia, abrazar la obediencia, era para todos ellos un elemento constitutivo de su consagración religiosa. La obediencia era para ellos la expresión, y hasta la realización, de un don total a Cristo por amor, y se puede decir que se arrojaban en ella con toda la fuerza de su ansia por pertenecer plenamente y cada vez más al Señor. Precisamente, es esta actitud fundamental la que se cuestiona. ¿Qué es, pues, lo que ha cambiado?

Se habla mucho ahora de la formación del laicado, devenido adulto y al que se conduce a asumir sus propias responsabilidades, hasta en los asuntos de Iglesia. Y se habla también de la emancipación del cristiano, de la perfección que representa para el cristiano conquistar su libertad. Se reivindica cada vez más este derecho a ¡la “libertad de los hijos de Dios”! Así pues, es preciso que hablemos de la libertad: no solamente en el nivel de la Iglesia, sino en el nivel más general de la situación actual de la humanidad: es una grave cuestión. Ahora bien, como esta cuestión se encuentra subyacente en los grandes problemas que el hombre debe plantearse para organizar su vida sobre la tierra, por lo general está enfocada dentro de perspectivas ideológicas, algunas de las cuales son ateas, otras puramente económicas, y otras finalmente inspiradas por filosofías no-cristianas, todo lo cual contribuye a crear al respecto una gran confusión entre los cristianos. La mayoría de los hombres comprende que cuando los carros de asalto de la Unión Soviética entraron en Praga, se cometió un crimen contra el derecho de los pueblos a la libertad. Y, sin embargo, es en nombre de otra concepción de la libertad que se tomó tal decisión.

¿Qué es, entonces la libertad? Queremos hablar aquí de esa libertad que es una de las condiciones más indispensables para el desarrollo de la persona humana, un elemento constitutivo de la persona humana. ¿Consiste esta libertad en la ausencia de coacciones exteriores? Es indudable que cuando se encarcela a un condenado, se le priva de una cierta libertad. Digo, “de una cierta libertad”, ya que, a pesar de todo, sigue siendo una persona

⁸ Conferencia dictada en la casa madre de la Congregación de Notre-Dame en Montreal el 16 de agosto de 1969, y reproducida en: *La Vie Religieuse dans le monde actuel*, capítulo 10. “Editions de la Conférence Religieuse Canadienne”. Tradujo: Hna. Clotilde Barbé, osb. Abadía de Santa Escolástica.

humana, sigue siendo un ser fundamentalmente libre, pero una coacción exterior se ejerce sobre él. Un hombre profundamente generoso que ha consagrado toda su vida a un ideal y que por ese ideal está encarcelado y privado por lo tanto de la libertad exterior por medio de la coacción, ese hombre hace la experiencia de ser eminentemente libre, con una libertad interior que sobrepasa cualquier otra forma de libertad inferior. Cuando Cristo fue arrestado en el Jardín de los Olivos, cuando fue maniatado, rodeado por hombres armados, encarcelado y clavado en la cruz, ¿perdía Él su libertad? Cristo jamás fue más libre que ¡sobre la cruz! Juntamente con la libertad abordamos pues un misterio muy profundo del hombre, de su naturaleza y de su personalidad.

¿La libertad consiste acaso en poder hacer cuanto a uno se le ocurre? La facultad de poder y de tener el derecho a elegir todo, incluso el mal, incluso su propia destrucción, ¿es esto lo que significa una total independencia? ¿Independencia respecto a toda otra persona y respecto a la sociedad, independencia respecto a toda moral y a todo ideal, independencia formal, por lo tanto, respecto a Dios? “¡Yo afirmo mi personalidad! Yo hago lo que quiero. Por lo tanto, soy libre”. Esta noción de la libertad –que en la actualidad se afianza en ciertos sectores hasta convertirse en drama, en suicidio, y hasta en las concepciones más anárquicas de la sociedad–, coincide con la concepción del hombre de Sartre: El hombre no se realiza sino liberándose totalmente de Dios. El último obstáculo para la realización total del hombre, es Dios, porque el hombre no es libre mientras tenga conciencia de depender de un Dios como de un ser mayor que él y por encima de él.

¿Es esto la libertad? Cuando reivindicamos la independencia, ¿no es precisamente esta facultad de hacer cuanto se nos ocurra lo que reivindicamos? Y, sin embargo, en el misterio del hombre que se busca a sí mismo, la libertad, ¿no aparece acaso como la facultad que le permite realizarse plenamente, llegar a ser él mismo plenamente, lo que supone que siempre habrá de elegir lo que está en dirección de su propio bien, el verdadero bien? ¿Cristo era más libre o menos libre que nosotros? Si planteamos así la cuestión, nos vemos obligados por cierto a responder que Cristo era soberanamente libre, porque era soberanamente perfecto y porque era mucho más hombre que nosotros. Era el hombre más equilibrado, el más completo, el más realizado que haya existido o que pueda existir jamás; y sin embargo, le era imposible a Él elegir otra cosa que no fuera el bien. La verdadera libertad del hombre es pues la *facultad de poder elegir siempre, con plena responsabilidad, lo que es mejor*. Es entonces cuando este poder de espontaneidad que surge del fondo del hombre –y que es como su dinamismo propio, como el ansia de realizarse– es capaz de manifestarse plenamente, de elegir y de actuar en el sentido de su propia perfección. Esta es la verdadera libertad humana.

Es preciso constatar efectivamente que cuando hablamos de nuestra libertad, tenemos generalmente una noción bastante confusa de lo que es en realidad. Durante la agonía en Getsemaní, cuando la libertad de Cristo se vio frente a frente con el plan de la redención que, por la cruz y el sufrimiento, le era propuesto y que él debía asumir libremente como una elección personal, se puede decir que ése fue el momento en que Cristo resumió en Él mismo todo el drama de la libertad humana, ya que por su condición humana experimentaba la repugnancia más profunda por esa elección que le era propuesta. Con toda su sensibilidad, y desde lo más profundo de su ser, tenía Él horror al sufrimiento y a la muerte. Sin embargo, su libertad era plena y se manifestaba en esa fuerza que hizo que pudiera vencer tales tentaciones y tales obstáculos para responder a su Padre con una adhesión sin reservas a su voluntad. Se puede decir, en este sentido, que la redención representa para el hombre la adquisición de la verdadera libertad, es decir, que su voluntad en adelante será capaz de elegir a Dios, o sea el bien, con preferencia al mal y al pecado.

Los invito a releer todo san Pablo, y especialmente el capítulo 7 de la *Epístola a los Romanos*. Creo que nadie ha conocido como ese Apóstol la lucha interior entre la libertad y la falsa libertad, esa oposición entre dos leves, la ley del espíritu y la ley de la carne, esa lucha entre dos hombres, el hombre nuevo rescatado por Cristo, y el hombre viejo en servidumbre de pecado. Lo que a veces resulta desconcertante e inquietante en la mentalidad del hombre de hoy es ver

precisamente hasta qué punto él ignora esta situación al proponer un optimismo casi absoluto con la seguridad de lograr por sí solo una realización plena. Ya no tiene conciencia suficiente de padecer todavía la esclavitud del pecado. Esta expresión, empleada por san Pablo, señala no obstante una situación del hombre que sigue siendo profundamente real. Por otra parte, no es esta una cuestión teórica sobre la cual se podría discutir en abstracto: es un hecho.

Un hombre que ha adquirido el hábito de la bebida puede ser esclavo de ese hábito: ¿sigue siendo libre? Creyó afirmar su libertad eligiendo darse a la bebida, liberándose de toda regla, y se ha hecho esclavo de un mal. Ya no es libre. Por el contrario, si alguien adquiere el hábito de la oración, el de una actitud de acogida hacia los demás, o aun el de entregarse al servicio de una obra, y este hábito se convierte en él como una segunda naturaleza, ¿se podrá decir que es esclavo de esos hábitos, esclavo de la oración, de la caridad fraterna o de la entrega de sí mismo a una obra? Esto jamás se dirá. Se dirá que ha obtenido la libertad para rezar, la libertad para vencer los obstáculos que en él se oponían al bien, el obstáculo de su egoísmo, los obstáculos del activismo, de la búsqueda de sí mismo. Se habrá liberado por cuanto habrá desarrollado en sí mismo la posibilidad de ser, espontáneamente y con plena afirmación de su personalidad, más hombre, y más hijo de Dios. Llegamos pues a la conclusión de que la verdadera libertad consiste en liberar y afianzar esa auténtica espontaneidad, ese dinamismo vital que nos permite realizarnos a nosotros mismos al hacernos capaces de elegir el bien con preferencia al mal y de liberarnos de todas las presiones que se oponen a que actuemos verdaderamente como hombres.

Esto suscita de inmediato otros problemas, como ser el de saber qué es el bien. ¿Lleva el hombre en sí mismo la ley de su propio desarrollo o debe recibirla, por así decir, de Otro, y en ninguno de los casos realizarla sin tener que extralimitarse bajo la presión de la obligación? En nuestro debate sobre la libertad lo que está en juego, aun en la misma vida religiosa, es precisamente la necesidad, la utilidad y, finalmente, el valor de la obligación de una regla y de la obediencia a una autoridad.

Parecería que el hombre no podría escapar a dos obligaciones: por una parte la de Dios, la de la ley divina, y por otra, aquella que le impone la vida en sociedad con sus hermanos, Existe la ley divina y las exigencias de la sociedad, ya que el hombre no está hecho para permanecer solo: es un ser sociable.

Si queremos ser verdaderamente cristianos, nos es preciso ver claramente en qué consiste la perfección cristiana y tomar conciencia de que la vida de un hombre es una trayectoria hacia la plena realización de esa perfección. La vida por lo tanto es una trayectoria hacia una transformación de nosotros mismos; cada hombre está en marcha. Pero también están en marcha todos los hombres, de generación en generación, porque existe un progreso de la humanidad en general y porque la historia nunca puede volver atrás. El hombre va hacia algo y cada vida humana es una transformación, una evolución, una realización. El hombre no es un ser absolutamente acabado en su perfección desde el momento que existe y que por lo tanto no tendría sino que vivir según sus instintos. El hombre no solamente tiene que surgir de la infancia, atravesar la adolescencia y alcanzar la madurez sino que tiene que conquistarse a sí mismo, debe llegar a ser perfecto como Dios es perfecto. Esta situación es propia del hombre únicamente, ya que todas las demás criaturas son perfectamente lo que deben ser a partir del momento de su nacimiento.

Esta ley de desarrollo, de progreso, no es solamente la de la perfección natural del hombre, en cuanto hombre, sino la de la perfección según su destino divino. Este misterio toma, por así decir, a la humanidad por sus dos extremos, por el hecho de que el hombre ha nacido de un pensamiento de Dios y ha sido también destinado por Dios a un estado sobrenatural. El hombre redimido, es decir el hombre tal cual es existencialmente, no puede encontrar su equilibrio y su perfección fuera de la perspectiva de su glorificación definitiva en Cristo. No se puede situar la evolución del hombre y con mayor razón la del cristiano, fuera de esta perspectiva.

Se podría decir que todo hombre ha nacido para el cumplimiento de una obra, la de su propia transformación, cuyo verdadero nombre es “santificación”. Unos se detienen en el camino, otros van más ligero y más lejos. Existe el misterio de cada vida humana con sus dificultades propias, con las condiciones más o menos favorables dentro de las cuales se desenvuelve: condiciones impuestas por el nacimiento, el atavismo y lo que llamamos “el azar” de la existencia. Las desigualdades de las situaciones humanas son tales que provocan el escándalo Y suscitan la rebelión de la razón, que no llega a aceptar lo que le parece ser una grave injusticia. Existe, finalmente, el misterio de la libertad humana, sobre elevada por la gracia de Dios, a fin de que podamos aprender a amar a Dios y a amar a nuestros hermanos. “Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto”. Tal es el fin y la razón de ser de la humanidad y de su historia. Nos queda por saber quién nos enseñará lo que significa esa perfección de “nuestro Padre celestial” y cuáles son los medios de llegar a ella.

Nos damos perfecta cuenta de que existe una especie de armonía preestablecida entre la perfección del hombre que sigue su conciencia natural y ese destino sobrenatural al que estamos comprometidos por la revelación del misterio de la Trinidad y de la filiación divina que fluye de ella hacia nosotros, y que nos arrastra, como a pesar nuestro, a ese ciclo de la vida íntima de Dios, desde aquí abajo y para la eternidad. Fuera de esa perspectiva, no se podría formar una idea justa de las actividades y de los trabajos a los cuales el hombre debe consagrarse, porque esos trabajos están, en definitiva, determinados por lo que es realmente la finalidad de la vida humana. En otros términos ¿para qué hemos nacido? Nos encontramos frente a una pregunta que plantea una situación del hombre respecto a Dios que, en la hora actual, se impugna en nombre de un humanismo sin Dios.

Uno de los elementos de esta situación, es la existencia de una ley divina, ley que está inserta en la conciencia humana, y se expresa en lo que se llama la ley natural. Pero la conciencia humana no es infalible: puede ser deformada. También esta ley divina ha sido proclamada por Dios e inscrita en el Decálogo. Ahora bien, la naturaleza misma de esta ley y su obligación son impugnadas en la hora actual, en el sentido de que el hombre quiere ser, en lo sucesivo, totalmente responsable de sí mismo y de su propia ley. Para que tal afirmación sea razonable y verdadera, sería necesario que el hombre pudiera conocer perfectamente, por su sola inteligencia, lo que él es, hacia dónde va y la razón de su existencia. Efectivamente, no veo cómo se puede conocer la ley de la perfección de un ser sin conocer lo que él es y a dónde va. La ley de un movimiento no puede definirse si no se conoce el punto de partida y el término hacia el cual ese movimiento se dirige. Ahora bien, el hombre, ¿sabe a dónde va y puede saberlo por sí mismo?

Si se admite que, para el hombre, todo termina con la muerte y que su tarea esencial consiste simplemente en tratar de ordenar la existencia en la tierra con un máximo de amor, esforzándose por construir una sociedad más justa, se puede llegar a definir una cierta moral social. Es lo que hace el marxismo, que hasta pretende estar en condiciones de crear un hombre nuevo. Según él, el hombre se realiza por las relaciones sociales y dentro de un tipo ideal de sociedad en la que es el servidor. Debe aprender a no vivir sino para los otros. Una concepción tal está lejos de carecer de valores positivos, pero es limitada, y esta concepción del destino del hombre desemboca en la nada, porque de hecho, no basta para satisfacer las aspiraciones del hombre. Y por otra parte, se podría decir que la perfección exigida al hombre para la realización de este destino temporal, esa aptitud para vivir en sociedad en el desinterés total, es irrealizable sin una cierta superación de sí mismo en el amor, lo que no es posible sino en la perspectiva de un destino sobrenatural. El problema planteado es exactamente éste: ¿es posible ser perfectamente hombre sin ser cristiano?

Hablo de un problema planteado en el plano de concepciones que se oponen, no en el plano de la existencia. Piénsese como se quiera, no es menos verdadero que, si Cristo existe, todo hombre es redimido y, aun fuera de una pertenencia visible a la Iglesia, puede haber sido trabajado ya por un impulso de amor que, en realidad, y sin que él se de cuenta, lo hace ir más

allá de los límites de un destino humano tal como se lo indicaría su razón. Hay entonces una ley divina en un mundo en el que Dios se ha manifestado y esta ley se nos impone; no podemos escapar a ella, sin correr el riesgo de destruirnos a nosotros mismos. No podemos realizarnos plenamente, ignorando la ley divina. Esta es por lo tanto una imposición, y, nuestro deber es el de esforzarnos en afinar, en perfeccionar nuestra conciencia de tal modo que hayamos, por así decirlo, asimilado en nosotros mismos las exigencias de la ley divina. Pero desde la venida de Jesús, existe también para los hombres, la ley del Evangelio.

LA LEY DE CRISTO

Aquí es donde corresponde decir una palabra sobre una realidad cristiana distinta, que es la del misterio de la caída del hombre, de su desobediencia, esa desobediencia fundamental, misteriosa, que ha dejado sus huellas en nosotros. Huellas que son bien evidentes. ¿No nos sucede acaso desconcertarnos al ver hasta qué punto tiene el hombre dificultad para ser simplemente un hombre honesto, un hombre que no hace el mal? Y nos decimos: “Pero, si el hombre es verdaderamente él mismo, ¿cómo se da el que sea él el único, entre todos los seres vivientes, que no es capaz de desarrollarse plenamente siguiendo su ley propia”? Porque es bien ésta la realidad: el hombre, en el estado actual, no es capaz de desarrollarse, en forma espontánea y en paz, siguiendo su ley propia. Choca contra el pecado, contra el mal, contra la injusticia, y lleva en sí mismo estas raíces. Para darnos cuenta no es necesario recurrir a grandes teorías ni a estudios estadísticos: basta conocerse a sí mismo. Hay momentos en nuestra vida en que sentimos que seríamos capaces de cualquier cosa, en que con espanto descubrimos que llevamos en el fondo de nosotros mismos la inclinación al mal y la capacidad para cometer todos los crímenes; quizás no hubiera sido preciso gran cosa para que hubiéramos caído muy bajo, para que hubiéramos cometido mucho mal. Nos quedamos a veces estupefactos al ver cómo personas de respeto, familias que parecían particularmente felices y unidas, de golpe se quiebran y se ven arrastradas a la desesperación porque uno de los cónyuges se ha lanzado a la deriva. ¿Cómo puede ocurrir esto?

No es necesario en absoluto tener la fe cristiana, sino que basta con un poco de espíritu de observación y de realismo, para admitir que el hombre está herido por ese desequilibrio fundamental al que alude san Pablo y que él mismo experimentó violentamente: “Lo que hago no lo comprendo, pues no hago lo que deseo, sino que hago lo que detesto”. Sin embargo, Pablo había sido arrebatado por Cristo, vencido por la fuerza de su gracia, echado a tierra en el camino a Damasco, y su corazón ardía de un amor ferviente por su Maestro, a quien había entregado el don de toda su vida en el apostolado. Pero esto no bastaba para cambiarle. Seguía siendo él mismo, en su aguijón en la carne y su debilidad. También él, poco a poco, tenía que irse realizando en Cristo, morir con Cristo para vivir con Él. ¡Y henos aquí en el corazón del misterio de la salvación! Los invito a meditar sobre los caminos que Dios ha juzgado conveniente tomar para rescatar al hombre del pecado, de su debilidad, y salvarlo.

Dios ha elegido el plan que Él quería, pero ese mismo plan nos revela verdades muy profundas. En primer lugar nos manifiesta que Dios respeta al hombre al punto de dejarlo en su debilidad. Dios respeta al hombre al punto de entregarlo totalmente a su libertad, a su propia responsabilidad, en la lenta progresión de su evolución a través de los siglos, hasta estar en condiciones de hacer surgir un pueblo capaz de recibir al Mesías. Este largo re-ascenso del hombre, a través de las etapas de la Alianza con Dios, fue como una especie de aprendizaje de la obediencia, de la obediencia a Dios, de una entrega total de sí mismo a Dios. A través de este plan de Dios se entrevé ya cuál será el remedio que Dios traerá a la humanidad: precisamente lo contrario del mal que a Él se le había hecho por la desobediencia. “En efecto, así como por la desobediencia de un solo hombre toda la descendencia quedó constituida en pecadora, así por la obediencia de uno solo, toda la descendencia será considerada justa”.

Veamos qué exigente es Dios con Abrahán. ¡Oh! no es exigente desde el punto de vista del conjunto de una moral, que ese gran nómada no estaba todavía en condiciones de concebir en esa época –y no tenemos por qué escandalizarnos de algunos aspectos de su vida– sino que respondió al llamado de Dios con una fe total y una obediencia ciega, pues esperó contra toda esperanza. Y luego, a través de todos los debates, las insurrecciones, las contestaciones que jamás dejaron de jalonar la historia del pueblo elegido, Dios se esfuerza por enseñarle a obedecer, a abandonarse al designio de salvación, a someter su instinto de independencia a la soberanía divina. Esta admirable pedagogía divina se expresa a través de toda la sucesión de los profetas.

Este largo re-ascenso de la humanidad hacia Dios culminará en la perfección suprema de la obediencia en una criatura humana: la obediencia de María. Esa fue realmente una cumbre de obediencia, pues María había llegado a un grado tal de simplicidad, de amor, de abandono de su vida a Dios que ello hace que su obediencia sea perfecta. Es de esa obediencia de María de la que nació Cristo, y él mismo debía ser obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Tal es la admirable progresión de la obediencia, en el largo camino que culminó en la salvación de la humanidad.

Veremos más adelante cómo, en la vida religiosa, este misterio reviste particular importancia. Pero reviste ya una importancia esencial para todo cristiano puesto que funda la vida cristiana en el sentido de que la actitud fundamental del cristiano consiste en dejarse rescatar por Cristo, ofreciéndose a Él, para que Él realice en su vida un misterio de muerte y un misterio de resurrección. Pero la participación en el misterio de la resurrección no es posible si primeramente no hemos muerto con Cristo y sido sepultados con Él, como dice san Pablo. Se trata de manifestar en los hechos este misterio de nuestra propia salvación y darnos cuenta de las exigencias concretas que ello acarrea en nuestra vida.

Primeramente y ante todo está, fundamentalmente, la obediencia a la vocación cristiana. Muchos cristianos lo son con una especie de espontaneidad generosa, pero sin saber mucho qué significa ser cristianos. Definir el cristianismo únicamente por el cumplimiento generoso del precepto del amor a los hermanos es una definición bien sumaria e incompleta. Indudablemente hay allí quizás la más decisiva de las expresiones del cristianismo, hasta el punto de ser como constitutiva de nuestra perfección cristiana. Pero ésta no basta. Si la vocación cristiana exige una cierta cualidad del amor a nuestros hermanos, esta cualidad de amor no podría existir si no amáramos primeramente a Dios como a nuestro Padre, y tal como Él se manifiesta en Cristo Jesús. Hay en la manifestación del amor de Dios –que nos amó primero– un llamado a amarle en retribución, dentro de un misterio de contemplación y de gracia de amor que, comenzando aquí abajo en la fe, deberá llevar al hombre a su plenitud cabal en la visión de Dios. Esta es la vocación cristiana. Es una vocación que arranca al hombre de los límites de la tierra y de la vida temporal. Aun el laico más laico no podría escapar a las exigencias esenciales de su vocación cristiana. Un cristiano no es ya de este mundo, aun si debe vivir y trabajar en este mundo. “No te pido que los retires del mundo, sino que los preserves del Maligno. Ellos no son del mundo, como yo no soy del mundo”.

Lo que Cristo dice no concierne a los Apóstoles únicamente, sino que nos concierne a todos. Los primeros cristianos tenían bien vivo el sentimiento de su vocación cristiana. El misterio sigue siendo el de saber si, en el mundo y a través de los siglos, los cristianos serán un pequeño número, un “pequeño rebaño”, si serán como la levadura en el pan. Muchos interrogantes y muchas misteriosas perspectivas permanecen todavía en el destino cristiano del mundo cuando se considera la historia de los hombres, la evolución de la humanidad, con la pluralidad de religiones importantes y la debilidad de la fe cristiana.

La otra restricción fuera de la obediencia debida a la ley divina y a la ley de Cristo, es la que fluye de la vida en sociedad. El hombre es un ser social y no puede escapar a esta ley de su naturaleza. No podemos nosotros realizarnos individualmente. No insistiré al respecto pues es

cosa evidente y fácilmente admitida. Se trate ya de la educación del niño, de la satisfacción de las necesidades más elementales del hombre, o se trate del desarrollo de su inteligencia, de su cultura, de su vida espiritual, del arte, el hombre por sí solo no puede nada, y lo podrá cada vez menos en vista de la complejidad de la cultura y de las estructuras de la sociedad moderna. A raíz de esto es como la evolución actual se realiza en el sentido de una sociedad socialista, comprendiendo ésta como siendo la expresión más adecuada de las exigencias de la vida de los hombres en sociedad.

Es importante que esta restricción que impone la sociedad sea bien comprendida, pues se trata de una exigencia de la propia naturaleza del hombre. En el fondo, el hombre no puede realizarse sin recibir de otros y, más aún quizás, sin darse totalmente a los demás. Hay una dimensión de amor, una salida de sí mismo, una apertura a los demás, que es el don más precioso que la sociedad hace al hombre al exigirle estas cualidades. Es una posibilidad de realizarse, dándose. Pero el hombre también debe aprender a respetar a la sociedad y a servirla, puesto que ella representa el bien de todos.

En cuanto se plantea la sociedad, se plantea el problema de la libertad y de la limitación de los derechos de los individuos en la medida en que esta limitación es una exigencia en razón del respeto al derecho de los demás. Se llega pues a la necesidad de la existencia de leyes y de una autoridad. No hay sociedad sin una ley que defina su bien común, y no hay sociedad sin una autoridad cuya razón de ser es la de preservar ese bien común.

Si insisto sobre esas condiciones de una vida en sociedad, es que Jesucristo, al fundar su Iglesia, la ha concebido como una sociedad. Me atrevería a decir que Él no podía obrar de otro modo si quería respetar al hombre con esa dimensión social que le es esencial. La propia naturaleza de la perfección cristiana exigía que hubiera correspondencia, armonía, entre esa perfección religiosa y la perfección natural del hombre. De este modo, la realización de la salvación, la comunicación del bien que es la fe, la ayuda mutua de la que tenemos absoluta necesidad, todo esto debía sernos dado por medio de los intercambios, las transmisiones, las dependencias mutuas de una sociedad. De otro modo Dios hubiera violentado al hombre. Lo hubiera tratado como a un ser individualista si hubiera previsto que cada uno sería libre de buscarle a Él independientemente de los otros y de tratar a solas con Él, pasando, por así decir, por encima de la sociedad.

Es precisamente el respeto al carácter social del hombre, lo que confiere a la Iglesia ese carácter de organización humana que escandaliza a algunos: ellos quisieran que la Iglesia estuviera libre de esas servidumbres humanas, mientras que, como toda sociedad, ella implica, de suyo, estructuras indispensables para su funcionamiento. La Iglesia no puede ser anárquica ni desorganizada, puesto que es una sociedad. Nada podemos cambiar a esto: para hacerlo, ¿sería preciso entonces cambiar la naturaleza humana! ¿Soñamos con una Iglesia que sería –no me imagino cómo– totalmente espiritual libre de todas las debilidades humanas? Una Iglesia así, supuestamente ideal según un parecer nuestro de razón, no podría existir. En ese caso habría que admitir que Jesús quiere prescindir del hombre y tratarlo como a un ser irresponsable, cuando lo que está en juego es su propio re-ascenso por medio de la redención. Es de este mismo respeto del hombre del que la concepción de la Iglesia da testimonio, que se manifiesta en el apostolado, y que acarrea la gravedad de nuestras responsabilidades respecto de la fe y de la expansión del reino de Dios. De todo cuanto Jesús ha legado a su Iglesia, todos, solidariamente, somos responsables, y no solamente el Papa y los obispos. Sobre este punto hay en la cristiandad una nueva toma de conciencia: se comprende mejor que la Iglesia es, justamente, todos los cristianos juntos! Indudablemente, la Iglesia está jerarquizada y la autoridad de Cristo está encarnada en ella. Pero para que haya una jerarquía, es necesario primeramente que haya una sociedad.

Volvamos a la vida religiosa, la cual participa en la naturaleza de la Iglesia en el sentido de que también ella está fundada sobre la vida en sociedad. Una congregación religiosa es como una

rama de la Iglesia, rama particularizada, especializada, que sigue un modo particular de vivir el ideal cristiano. La vocación cristiana es demasiado vasta y Dios tiene además demasiado respeto por la infinita diversidad de personas para que todos tengan que realizar la perfección de la misma manera. Cada cristiano está llamado a realizar la perfección de Cristo siguiendo un cariz particular, en armonía con sus dones y con su vocación en la ciudad y en la Iglesia. Es de este modo como hay que comprender la diversidad admirable de los impulsos carismáticos que han hecho nacer en la Iglesia variados tipos de santidad.

Para que estas espiritualidades diversas puedan dar frutos, ¿no conviene acaso que quienes están llamados a seguir ese camino se reúnan en comunidades fraternas? Es por ello que en todo instituto religioso existe un ideal, una vocación propia que se inscribe en lo interior de la vocación cristiana como una personalización de la santidad cristiana. También se requiere una regla y una autoridad, ya que una sociedad no podría existir sin ella, y porque una Comunidad religiosa debe ser capaz de dar a cada uno de sus miembros la ayuda que le es necesaria. De este hecho se desprende el que cada uno deba someterse al bien común y sepa sacrificarse ocasionalmente por ella, a fin de servir a sus hermanos: cada uno debe dar a los demás y no contentarse tan sólo con recibir.

He aquí de qué manera conviene situar la vida religiosa con relación al misterio de la libertad humana y a ese misterio de la reconquista de la libertad en la obediencia a la redención. Toda sociedad religiosa está dentro de la Iglesia como una célula viva.

Así como Cristo entró libremente en su trabajo de Salvador, debemos nosotros entrar libremente en el camino de la obediencia. A nadie se le obliga a entrar en la vida religiosa y por eso resulta difícil comprender la actitud de aquellos que, luego de haber elegido libremente el estado de la vida religiosa, luego de haber elegido libremente someter su vida a una regla, pretenden después que no son libres porque les es preciso obedecer esa regla. Hay en ello una contradicción que denota una cierta falta de responsabilidad frente a sí mismo. Han elegido libremente, y su sumisión a la regla es una continuación, una especie de prolongación, de aquel acto inicial y responsable.

La aparente contradicción radica en el hecho de que el hombre se encuentra en un estado tal que para devenir libre debe imponerse ciertas restricciones. El hombre que no sabe imponerse restricciones no es capaz de una verdadera libertad. Hace poco tomé el ejemplo del alcohólico. Pero, si ese, hombre de veras quiere salir de su estado, está obligado a dejarse internar en una clínica, está obligado a dejarse quitar la facultad de actuar según su voluntad, de salir, de ir a comprar bebidas. Y no tendrá ninguna posibilidad de volver a ser un hombre libre si no se impone lo que aparentemente es un atentado contra su libertad exterior. Tomo este ejemplo porque es sencillo. Pero a ustedes les será fácil hacer la correspondiente aplicación en un campo más espiritual.

Si ustedes quieren liberarse de su egoísmo, no crean que el camino más corto consistirá simplemente en decidir ponerse generosamente al servicio de los demás, ya que ustedes conocen bien su debilidad y saben hasta qué punto tienen arraigados los hábitos de egoísmo. Por debilidad ustedes tienen necesidad de verse sostenidos por la restricción de una regla, de una autoridad, de una comunidad que los obligará a ser fieles a ese servicio. Ustedes quieren aprender a orar y bien saben por experiencia que, dejados a ustedes mismos, jamás lo lograrán. Si llegan a lograrlo, es que ya, por la gracia de Dios y los esfuerzos propios, han llegado ustedes a un cierto grado de perfección que no le es dado a todo el mundo. Pero aun en ese caso, es muy probable que el impulso de las actividades, ciertas connivencias interiores en la búsqueda de su propio placer, el acaparamiento de ciertas amistades, todas estas causas hagan que descuiden ustedes muy a menudo la oración, y que esto les resulte un problema.

Por este motivo, si ustedes quieren tomar el camino corto y entrar por la puerta estrecha, a fin de conquistar con mayor perfección la libertad de amar, la libertad de siempre elegir a Dios, deben

desear y amar este aspecto de la vida religiosa que es la sumisión gozosa a las restricciones de una regla, de una autoridad y de la vida comunitaria⁹. La libertad de los hijos de Dios es una libertad que se conquista, no es una libertad que ya se posee, y ni siquiera será totalmente completa aquí abajo. Si ustedes son honestos con ustedes mismos, tendrán que admitirlo.

Es legítimo por lo tanto que nos preguntemos por qué, si las cosas son tan claras, constituye esto un problema en la hora actual. No lo es sin algunas razones justas. En efecto, ¡si las cosas son claras en teoría, lo son menos en la práctica! Es necesario reflexionar por lo tanto sobre las razones que motivan esta reticencia respecto a la sumisión a una regla, ya que son ellas las que motivarán y dirigirán las transformaciones necesarias para una renovación. Las voy a enumerar muy brevemente puesto que ustedes ya las conocen; hasta son cosas que se repiten de continuo y son problemas que se presentan constantemente.

Diré que las dificultades actuales provienen en primer lugar de un cierto clima que impregna la cultura y el estilo de la vida cotidiana. Estamos sumergidos en un mundo cuyas reacciones y mentalidad llevan el sello de un humanismo sin Dios. Es preciso decirlo: los cristianos, poco a poco, y por lo general inconscientemente, terminan teniendo reacciones sobre los acontecimientos que los llevan a formular juicios en cuanto a valores que en realidad provienen de una concepción atea de la vida, de la evolución del hombre o de la cultura. Debido al proceso de secularización, que resulta de una toma de conciencia por parte de los hombres, de la independencia legítima de la ciudad temporal respecto de la Iglesia en todo lo que se refiere a las cosas que provienen del hombre –ya se trate de lo que concierne a la organización de la vida, al régimen político o la investigación científica– la humanidad se ha hecho definitivamente independiente de la Iglesia.

Legítima, en un cierto sentido, en lo relativo a la sociedad temporal, la secularización no podría entenderse de la misma manera en cuanto a la Iglesia. ¡Es preciso conocer lo que esta palabra significa! No se puede sustraer a la Iglesia de su origen y de su naturaleza divina. Ella depende en su totalidad de Cristo, a quien está estrechamente unida. Secularizar la Iglesia sería destruirla. Por otra parte, en lo que concierne a los hombres, el hecho de reivindicar la libertad y la responsabilidad no significa que, aun en las cosas simplemente humanas, se vean sustraídos a la ley divina. Este problema de la secularización exige que se reflexione al respecto y que se conozca su alcance. Como siempre, en toda reacción, aun legítima, se corre el riesgo de ir demasiado lejos. Un estado de crisis envuelve como en un torbellino, en el que no siempre se ve con claridad. Y además, en la *contestación* general de que a menudo son objeto la Iglesia y los cristianos, estos, como para hacerse perdonar ciertas actitudes, se esfuerzan por adentrarse lo más posible en el pensamiento de los demás con una actitud de acogida. Cuando esta manera de pensar es una manera atea, corren el riesgo, sin darse mayor cuenta, de dejar de pensar como cristianos, aun sigan llevando el título de tales.

Otra tendencia es la actitud de la contestación por principio, y proviene, también ella, de una sana reacción frente a una sociedad que es inhumana y que parece tender a serlo cada vez más. No insisto sobre el particular ya que no es el propósito de mi exposición, pero quisiera señalar que si bien esta actitud de contestación es legítima en ciertos dominios, no puede ser erigida como principio del progreso, y menos emplearse en la Iglesia sin el peligro de debilitar valores esenciales y hasta llegar a hacer obra destructora.

Otro problema que es preciso comprender bien cómo y por qué se plantea –si es que se quiere ayudar a los jóvenes religiosos a reencontrar el sentido de la vida religiosa– es el de la

⁹ No hablamos aquí sino del papel que desempeña la regla y del aspecto ascético de la obediencia: por supuesto, hay otras dimensiones de la vida religiosa que hemos señalado suficientemente en otras ocasiones. Conviene destacar igualmente que esta necesidad de sentirse sostenido exteriormente por una cierta restricción exterior existe para todos los cristianos, hasta para los laicos que viven en el mundo: es esto lo que funda la necesidad de una comunidad cristiana y la importancia de la ayuda mutua en el hogar y a través de los vínculos de la autoridad. Esto justifica igualmente la existencia de ciertos grupos de vida espiritual, como las agrupaciones de Vida evangélica.

desaparición del sentido de autoridad. Ahora bien: no se puede tener ni el sentido ni el respeto a una autoridad que uno jamás ha encontrado en su vida! Es preciso reconocer que la autoridad natural de la familia, como la de la sociedad –y por razones que no me corresponde volver a tratar ahora– se ven contestadas. Ya no constituyen autoridades de hecho y tienen grandes dificultades en mantenerse como autoridades de derecho.

Una dificultad suplementaria proviene de la *inmadurez de la juventud* actual. Tampoco aquí insistiré. Cuando digo “madurez”, entiendo un cierto estado de prolongación anormal de la adolescencia, sellada por la dificultad de considerarse a sí mismo como verdaderamente libre y de tomar por consiguiente en sus manos la responsabilidad de la vida propia. Acompañan a este estado desequilibrios psicológicos, afectivos u orgánicos. Esta situación constituye para muchos una dificultad, cuando no un obstáculo, para abrazar la vida religiosa y puede acarrear una cierta ineptitud para la castidad o para la obediencia. Pues es preciso en ciertos casos hablar de ineptitud para la castidad o para la obediencia. La obediencia no puede parecer un bien sino a aquel que posee un mínimo de madurez. Para los demás es causa de frustración y no podría ser por lo tanto un bien. Hablo aquí no de la obediencia que se le exige a un niño, sino de la obediencia religiosa que está hecha para adultos. La vida religiosa supone pues la madurez.

Pero, ¿cómo definir la madurez? Como lo hemos dicho, ella implica que se sea capaz de tomar la vida en las propias manos. Pero, ¿qué quiere decir, “tomar la vida en sus propias manos”? Pienso que consiste en ser capaz de mirar de frente las exigencias de la vida y en consentir a las renunciaciones y a los sacrificios que ella exige; es ser capaz de darse a sí mismo, de amar verdaderamente a los demás sin retribución para sí. Si no se es capaz de renunciar a ciertas cosas sin experimentar un sentimiento de frustración, es porque esas cosas representan todavía una necesidad vital. Algunos jóvenes pueden experimentar, por ejemplo una necesidad de afecto humano que es tan vital para ellos que la castidad les resulta malsana, que no pueden concebir la castidad como un camino de perfección para ellos. Puede existir una situación análoga respecto a la obediencia para quienes sienten una necesidad vital de independencia, ya sea porque han quedado marcados por una familia demasiado autoritaria, o por una disciplina que les fue impuesta en ciertos colegios. No se trata de que no se quiera hacerlo, sino de que no se es capaz de hacer de ello un medio de liberación, ya que la obediencia no es sumisión. La obediencia supone una elección libre, es un don de sí mismo con libertad.

Está también el hecho de que, en el ambiente actual, con demasiada facilidad se califican ciertas exigencias de la ley moral como “tabús”. Ahora bien, los “tabús” son prohibiciones sin fundamento, de los cuales el hombre digno de ese nombre debe liberarse. Se considerará legítimo por lo tanto disponer a gusto propio todo lo que constituye una obligación moral. Las cosas no se harán más claras y la conciencia moral se verá debilitada. Pero es preciso decir que ciertas concepciones estrechas en cuanto a la aplicación de la ley moral han creado situaciones de conciencia que eran malsanas y que engendraban escrúpulos e inhibiciones.

Además de esta situación de la sociedad y de la falta de preparación de las vocaciones que acabamos de señalar, existe, y es preciso admitirlo, la *inadaptación de muchas observancias* y de ciertas reglas. El debilitamiento de la conciencia de las nuevas generaciones respecto a las exigencias de una ley moral y de una regla, unido al carácter obsoleto e inadaptado de muchas reglas religiosas, crea ciertamente una situación difícil para la vida religiosa. De aquí proviene la urgencia y la importancia de la renovación de las constituciones, que verdaderamente deben expresar el ideal del instituto y al mismo tiempo ofrecer los medios adaptados para realizarlos.

Existe también el rechazo de un cierto *estilo de gobierno*. Se podría esbozar aquí –pero carezco de tiempo para ello– la historia de los diferentes estilos de gobierno que se han ido sucediendo en la vida religiosa a través de los siglos, y constataríamos que, casi siempre, el clima político y la constitución de la sociedad de la época han influido sobre el estilo de gobierno en la vida religiosa. El clima político y social de una época refleja, en efecto, una cierta situación del hombre, el grado de conciencia que tiene de su responsabilidad en la cosa pública. Esta

transformación del temperamento político debe tener su repercusión en la organización de la vida religiosa, de tal manera que cada cual tenga conciencia de la parte de responsabilidad que le cabe en la gestión del bien común de la comunidad. Puede, ciertamente, haber estilos de gobierno muy diferentes. La obediencia no debe dejar de existir: permanece siendo esencial a la vida religiosa y puede ser perfecta aun revistiendo diferentes estilos en relación con los diferentes tipos de gobierno.

Finalmente, otra actitud que es propia de las generaciones actuales y que repercute fuertemente en la manera de concebir la vida religiosa, es el sentido muy agudo que tienen del servicio a los demás, de la eficacia exigida por tal servicio y de la *competencia* que ello supone. A veces esta exigencia plantea verdaderos problemas de conciencia cuando uno percibe una oposición entre las exigencias de esta eficacia, el respeto por las competencias y la obediencia. Ya nada se comprende.

He aquí no pocos problemas y creo que hay muchos más aún. Los que acabo de evocar les permitirán tener una idea de la situación. Me detengo aquí aun cuando la conclusión debería ser una reflexión sobre lo que debe ser el ideal de la obediencia en la vida religiosa actual. Ya tendremos ocasión de volver sobre esta cuestión esencial.

*58 East 4th Str.
New York - 10003
Estados Unidos*